

863
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la
autora, que ha hecho
el depósito legal.

PQ6507
35
P5

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

En uno de los pueblecillos cercanos á la capital de Aragón, que llamaremos San Juan, vivían hace pocos años el tío Mariano, pobre jornalero, y la tía Bárbara, su esposa, buena mujer, aunque de carácter algo fuerte y bastante rencorosa.

Nadie sabía el apellido del bueno de Mariano, ó al menos le habían olvidado de tal suerte, que sólo alguno de los más ancianos de la aldea hubiera podido decirlo.

Se le llamaba *Calabaza*, apodo que su mismo padre le había puesto por lo escaso de sus alcances y lo nulo de su inteligencia.

—Hijo, eres un calabaza—le decía diez veces al día el bueno del tío Bernardo;—no me vales para nada, ni jamás podrás prestarme ayuda.

—¿Y qué culpa tiene el pobre de ser así?—decía al instante la madre de Mariano.

—Mujer, no digo yo que él tenga culpa nin-

guna, ni le regañó porque nada sabe hacer; digo sólo que es un calabaza.

Y calabaza por aquí, calabaza por allá, Mariano se quedó con el apodo de calabaza, única herencia que le dejó su padre, que había sido siempre tan pobre como él, pero mucho más listo.

Mariano casó antes de morir su padre con Bárbara, muchacha honrada y hacendosa, pero más pobre si cabía aún que él.

Bárbara no tenía profesión, ni aun ocupación fija; cuando había convites en el pueblo iba á guisar; cuando alguna de las mujeres llevaba mucha ropa al río la ayudaba en el lavado; cuando había enfermos iba á asistir, y todo esto por un precio muy módico y con la mejor voluntad.

Casi nunca la daban dinero, porque es sabido que en los pueblos corre muy poco la moneda: ya la pagaban con un vestido viejo, con un pañuelo desteñido por el uso, con un pan grande ó con algunas libras de patatas.

Bárbara quedaba siempre contenta; la dureza, la brusquedad de su carácter no la impedía tener el más hermoso corazón del mundo: aquella dureza era hija más bien de su genio vivo y amigo de la economía y del orden.

El padre de Mariano, que, como se ha dicho, era listo, vió que Bárbara era la única mujer que convenía á su hijo, y así participó á su mujer sus proyectos de casamiento.

—Pero hombre—dijo la buena madre—esa mujer va á zurrar á mi pobre hijo.

—¡Toma, que no se deje!

—¡Cómo que no se deje, si es un toro!

—Así le avivará.

—Así le matará á pesadumbres.

—Mujer, las personas del temple de nuestro hijo no se mueren nunca de un disgusto; lo que hacen es quemar la sangre á cuantos viven á su lado, pero ellos están siempre muy frescos.

—¡Ya verás, á pesar de cuanto dices, cómo tenemos que sentir!

—Más tendremos que sentir si se casa el chico con otra mujer floja; además de que ninguna muchacha le querrá en el lugar.

—¿Cómo que no?—exclamó la esposa herida en su orgullo maternal.

—¡Clarol ¿Le has conocido tú alguna novia, y eso que tiene ya cerca de treinta años?

Nada había que responder á esta objeción, porque, en efecto, Mariano nunca había tenido novia; las muchachas del lugar se burlaban de él, y ninguna le hubiera sufrido á su lado ni en la velada, ni en el baile, ni cuando iba por agua á la fuente.

Bárbara no se reía de él; compadecía á aquel pobre mozo, alto, flaco, y cuya cara larga y amarilla tenía una gran semejanza con el fruto cuyo apodo llevaba; era tan paciente, tan sufrido y

tan servicial en medio de su misma nulidad, que en las buenas ideas de Bárbara no cabía burla alguna para él.

Bárbara era una mocetona de veintiséis años, baja, gruesa; comía mucho, trabajaba mucho y cantaba con una voz bastante hombruna; su vestido era pobrísimo: se reducía á una falda de indiana, remendada con pedazos de diferentes dibujos; á un jubón, no menos remendado, y á un pañuelo lleno de zurcidos; pero todo esto tan limpio, tan bien puesto, que parecía iba llena de galas.

Un día, al anochecer, que venía de lavar una gran cantidad de ropa, se halló esperándola al padre de Mariano.

—Buenas noches, Bárbara—le dijo el buen hombre.

—Buenas las tenga usted, tío Bernardo—contestó la muchacha.

—¿Tienes prisa?

—Sí y no: ya sabe usted que soy sola y que nadie me espera, pero tengo que entregar esta ropa.

—No te entretendré mucho, Bárbara.

Esta dejó el lío de ropa sobre el banco de piedra en que había estado sentado el tío Bernardo, y escuchó.

—Bárbara—dijo el buen hombre—¿te casarías de buena gana con mi hijo?

—¿Por qué no?—repuso la joven—es bastante dócil y bonachón, y creo que si yo le dijera anda por ahí ó anda por aquí, andaría.

—Eso es verdad, Bárbara.

—Me parece que me dejaría gobernar la *pobreza* de la casa.

—Desde luego; treinta años tiene y jamás ha pedido un cuarto.

—No es malo para marido, tío Bernardo.

—En ese caso, os casaréis.

—Pero, ¿sabe él algo? Nunca me ha dicho que me quería.

—¡Bah, es un calabaza!

—Eso no importa; yo me casaré con él gustosa, porque ya sabe usted que no tengo padre ni hermanos; pero ha de ser queriéndome él; si no, jamás.

—Vente conmigo, Bárbara—dijo magistralmente el tío Bernardo.

—Ahora no puedo; pero en dejando la ropa iré á su casa de usted.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Una hora después fué Bárbara á casa de su futuro.

Esto verdaderamente no estaba en lo natural; pero la pobre muchacha no tenía á nadie que le arreglara su casamiento, y resolvió arreglárselo por sí misma.

Halló á la familia reunida en la cocina.

El padre, pensativo, fumaba tabaco negro; la madre hilaba estopa; el hijo mondaba patatas para la cena.

—Vaya, hija, ven acá—dijo la madre de Mariano, haciendo un ladito á Bárbara.

—No tengo frío—respondió ásperamente la muchacha;—lo que quiero es que acabemos pronto, porque estoy rendida de trabajar, y si he de cenar aun he de hacer la cena.

Luego, encarándose con Calabaza, le preguntó:

—Mariano, ¿te casarías conmigo de buena gana?

—Ya se ve que sí—respondió Calabaza.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Harás lo que yo te mande?

—A ciegas.

—Pues vaya, dentro de un mes nos echarán las bendiciones—añadió Bárbara, levantándose para salir.

—Pero mujer, ¿ya no hay más que decir?—preguntó el tío Bernardo admirado de la vivacidad de su futura nuera.

—¿Así se arregla un asunto tan serio?—añadió su mujer.

—¿Qué quiere usted?—repuso Bárbara—¿no somos los más pobres del lugar?

—Sí.

—Pues bien: yo tengo mi casita, compuesta de la cocina, un cuartito, malo es verdad, pero que vale para dormir, puesto que en él duermo yo; además, tengo un corral donde crío gallinas y conejos. Pues bien: así que nos casemos. Mariano se viene conmigo, y donde he vivido yo sola viviremos los dos.

—Pero mujer—dijo la madre—algo hemos de hacer nosotros por él.

—¿Y qué han de hacer ustedes?

—¿Lo has de poner todo?

—¿Y qué remedio? Yo tengo algo, él tiene sus brazos; yo hallo un marido, él halla una casa y una mujer que le cuide: cada uno pone lo que tiene, con que buenas noches.

Bárbara salió dichas estas palabras.

—¡Anda á acompañar á tu novia, Calabaza!—le dijo su padre.

—Es muy bestia, pero buena como el buen pan—dijo la madre así que hubieron salido.

—Que sea buena es lo principal—respondió el padre con tono sentencioso.

II

Al día siguiente empezó á cundir por el lugar una noticia extraordinaria.

—Calabaza tiene novia—se decían las muchachas al ir á la fuente.

—Calabaza tiene novia—se decían los mozos al ir al campo.

—Y la novia es Bárbara.

—¡Pobre Calabazal Ya se puede preparar á llevar algunas palizas.

—¡Bah, bah! Ahora puede que avive.

—¿Avivar él? Es ya viejo.

Todos los días, durante un mes, se renovaron estas conversaciones; pero llegó un domingo en que la iglesia de la aldea se llenó de gente desde muy temprano, y en que el señor cura echó la bendición nupcial á Bárbara y Mariano.

Formaban los novios el contraste más perfecto: Bárbara, baja de cuerpo, gruesa y negra, tenía el color encendido, el pelo negro y basto, los ojos pequeñísimos y la boca grande, pero adornada de una buena dentadura.

Su marido era alto y desgarbado como un chopo, flaco en extremo; su color era terroso, sus ojos y sus cabellos de un color indefinible; tenía siempre la boca entreabierta y los brazos colgando á lo largo del cuerpo.

Acabada la ceremonia no hubo convite, según costumbre; los novios comieron solos con sus padres, y al anoecer se encerraron en la casa, ó más bien en la chocita de Bárbara, que era el único patrimonio de los consortes.

Desde el día siguiente emprendieron el mismo método de vida que antes habían seguido.

Bárbara se levantaba antes del día y se iba á ganar su jornal lavando, guisando ó cuidando algún enfermo.

Mariano, hostigado por su mujer, comía sus sopas, tomaba su azada y se marchaba á ganar al campo su jornal.

Volvió á las doce y tenía la obligación de dar de comer al cerdo y á las gallinas.

Un día que se le olvidó, tuvo que sufrir tal enfado de Bárbara, que juró que nunca jamás le volvería á suceder.

Seis años pasaron sin tener hijos; al cabo de este tiempo, Bárbara dió á luz un niño, al cual se le puso el nombre de Mateo por devoción de su madre.

La condición áspera de la señora Calabaza se dulcificó algún tanto con este acontecimiento; la pobre mujer sentía un consuelo inefable al volver á su casa y hallarse con un angelito que la esperaba sonriéndole; una vecina caritativa se lo llevaba dos veces al día adonde estaba lavando para que le diese de mamar, y luego volvía á acostarlo en la cama.

Por un milagro de la naturaleza el pequeño Mateo era un sol de hermosura, á pesar de tener por padres dos modelos de fealdad.

Blanco y rosado, con ojos negros y cabellos sedosos y oscuros, robaba la atención de cuantos le veían, no sólo por estas perfecciones, sino

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 ADDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

también por la gracia de todos sus movimientos.

Pasaron cuatro años más, y Bárbara dió á luz una niña, á quien se puso el gracioso nombre de Plácida.

En nada había cambiado entre tanto la precaria situación de Calabaza y de su esposa; seguía aquélla haciendo sus mandados y envejeciéndose en el río, expuesta al sol, al aire y á la intemperie de las estaciones, y éste cavando de sol á sol, encorvado bajo el peso de un trabajo duro y sin descanso; pero á pesar de la asiduidad de ambos, ni uno ni otro conocían apenas al rey por su moneda.

Sabido es que en las aldeas corre muy poco el dinero y que carecen de él hasta los más ricos propietarios; el jornal de Calabaza era algunas veces retribuido por algunas monedas de cobre; pero la mayor parte de los días recibía en pago de su trabajo, ya un trozo de tocino, ya una regular cantidad de patatas, ó bien una medida de legumbres secas.

Lo mismo sucedía con Bárbara: casi siempre llevaba á su casa especies en vez de dinero, y como los pobres no tenían otra cosa de que mantenerse, y eran bastante tragones, devoraban casi en el día el producto de su trabajo.

Cuando percibían algún dinero se empleaba infaliblemente en comprar alguna ropita á los niños.

¿Pensaréis acaso, lectores míos, que los esposos regañaban? Pues os equivocáis de medio á medio; á pesar de tener Bárbara un genio que hacía honor á su nombre, jamás le dió su esposo motivo para que hiciera uso de él.

Imposible es imaginar una paciencia, una mansedumbre que pudiese competir con la del bueno, y casi pudiera decirse, con la del santo Calabaza; poco á propósito por sus cortos alcances para prevenir los deseos de su mujer, tenía al menos tal docilidad á sus mandatos, que aun no espiraba la palabra en la boca de Bárbara cuando ya los veía ejecutados.

Antes de que su esposa pensara en levantarse ya le había él recogido la ropa en un gran costal y la esperaba sentado y silencioso.

Cuando Bárbara abría los ojos se ponía él á hacer la sopa para el almuerzo de los dos y de los niños, y luego le llevaba la ropa al río para que ella no se cansase.

Muchos días el pobre Calabaza comía, por todo alimento, un pedazo de pan negro, para que su mujer, que venía cansada, no guisara, y porque corocía que, guisando él, tendría que hacerla preguntas que la irritarian en la mala disposición de ánimo en que estaba.

Cuando el tiempo era bueno, Bárbara quería llevarse con ella á los dos niños; entonces Calabaza iba con ella y arreglaba para sus hijos una

especie de nido con hojas y flores, en cuyo centro se ponía una sábana doblada.

Allí encerraba Bárbara á sus dos pájaros, como ella les llamaba, con esa poesía inherente á las madres, y allí gorjeaban ellos como si fueran efectivamente dos avecillas.

Mateo, sin embargo, tenía arranques que costaban caros á la pobrecita Plácida; casi nunca escapaba ésta sin un buen manotón ó sin algunos pellizcos, que hacían á Bárbara montar en cólera y algunas veces zurrar de lo lindo al atrevido Mateo.

¿Pero sabéis lo que éste hacía?

Reirse y cantar, como diciendo á su madre:

—Tanto se me da de los golpes de usted como de los nidos de antaño.

Bárbara, que volvía corriendo á su lavado, nada de esto veía, y el indómito muchacho, en cuanto le valía la ocasión, encajaba á su hermana otro pellizco ú otra bofetada.

Entonces Bárbara se quitaba su zapato, y zurraba más fuerte á su hijo; pero él volvía á cantar y á reír.

Un día después de la segunda palinodia, se quiso escapar á la aldea; Bárbara se quitó sus ligas y le ató á un árbol.

Durante mucho rato gritó, pateó y rabió; luego se calló; cuando su madre le dió la comida no quiso tocarla, y cuando al anochecer fué á

desatarlo para llevarle á casa, le encontró morado de ira y sin poder casi respirar.

A todo esto no contaba Mateo más que cinco años, y su madre, que no tenía pelo de tonta, cavilaba muchas veces en lo que aquella criatura podría llegar á ser con el tiempo.

No le faltaba razón, en verdad, para cavilar; Mateo era cada día más irreducible y peor; se burlaba, no sólo de su bendito padre, sino también de su terrible madre, de su madre, cuyas iras tenían todos en el lugar, conociendo hasta dónde llegaban cuando eran motivadas.

De esta suerte pasaron otros cuatro años; contaba nueve Mateo y cuatro su hermanita, y ya la frente de su pobre madre empezaba á arrugarse, menos por los años, pues aun era bien joven, que por su excesivo y penoso trabajo y por los disgustos que le ocasionaba su hijo.

III

Era un domingo de primavera y poco más ó menos las cuatro de la tarde.

En la pequeña cocina de la casita ocupada por Calabaza y su esposa Bárbara se hallaban esta última, su niña y una vecina de edad avanzada y aspecto alegre y honrado.

Llamaban á aquella buena mujer la señora Petra, y por apodo *la Sacristana*, á causa de ha-